

Rescate del convento

Por Ángel Paredes

En el que se relata cómo los jugadores se enteran de que un buen amigo ha sido herido y de cómo deciden ir a visitarle

Estamos en el décimo día, del segundo mes, del año de nuestro señor de 1620, época de paz, pues aún no se ha consumido la tregua de los Doce Años, y, por tanto mala época, para los que de las armas hacen su medio de vida. Aún reina en las Españas Felipe III, aunque su salud no le permitirá hacerlo por mucho tiempo, falleciendo a los pocos meses. El Duque de Lerma cae en desgracia por una intriga cortesana dirigida por su hijo, el Duque de Uceda. Mientras tanto, el Conde de Olivares forja su futura privanza, ganándose al príncipe Felipe.

Los personajes se enteran bien en un mentidero o bien hablando con algún conocido de la desgracia acaecida la noche pasada a un amigo suyo, Gonzalo de Ballester. Al parecer, fue herido de un disparo por unos capeadores tras resistirse a que le robaran. Es de suponer que los personajes se dirigirán a la casa de su amigo, donde está convaleciente, para preocuparse por la salud. Pues hombre inteligente es el que mantiene las buenas formas y da muestras de aprecio por sus amigos en los malos momentos, ya que la fortuna nos sonrío ora sí, ora no, y las tornas se pueden volver en cualquier momento.

Ésta es la información que les puedes dar sobre Don Gonzalo, aunque sería conveniente que le hayas introducido anteriormente, si es esto posible, en partidas anteriores o en la historia personal de alguno de los jugadores.

Gonzalo de Ballester, Barón de Villagrande, es un noble castellano, de muy bien llevados 50 años, y cuya erudición e ideas algo progresistas son bien conocidas en la Villa y Corte, así como sus ideas en contra de algunos familiares de la Inquisición. Por ejemplo, contra Enrique de Tremenet, al que le dedicó este poemilla (de forma anónima, por supuesto):

*Quién es aquel
que dice que mata por fe
y, a fe mía,
que es por placer:
Enrique de Tremenet.*

Esto le ha hecho ganarse no pocos enemigos en la Inquisición y en algunos sectores de la Corte, que le acusan de judío y de traidor a la verdadera fe:

*Un caballo me ha hablado
y yo no me sorprendo,
ni pienso en brujerías,
aunque me hubiese cantado.
Pues hoy, si es menester,
toca la flauta un mulo,
tratado de vuesa merced,
escribe algún marrano
y lo firma de Ballester.*

El barón no sólo es conocido por su erudición, si no también por su buen hacer en los asuntos propios de un caballero, ya que fue Capitán en el Tercio del Mediterráneo, siendo de los pocos de volver del desastre de la Invencible (1588), en posteriores batallas fue conocido por su interés en sus hombres antes que en su beneficio personal, siendo muy respetado por la tropa. Se retiró en 1614, tras ser herido en una escaramuza contra piratas berberiscos.

El Barón de Villagrande enviudó hace seis años, todo el esfuerzo y el cariño que había empeñado en los Tercios lo puso, tras su retiro, en su familia. Tiene un hijo de 12 años, y dos hijas de 16 y 22. Isabel, la mayor, fue famosa por su belleza y su piedad. Muchos galanes quisieron hacer mella en su corazón pero éste ya estaba dirigido hacia el Señor. Hace dos meses tomó los hábitos yendo a un convento retirado en la Sierra de Guadarrama. Algunas malas lenguas dicen que el Barón enjuagó su dolor por la pérdida de una dote que se presumía importante, con el conocimiento de los dos palmos de narices con que se quedó uno de los pretendientes, conocido enemigo suyo: Enrique de Tremenet, Señor de Valmol, Caballero de la Orden de Santiago y familiar de la Inquisición.

De cómo los personajes se embarcan en un viaje para aliviar la pesadumbre de un padre preocupado

En las cercanías del Alcázar, reside el señor barón, en un caserón macizo y de escasas ventanas, con su escudo de armas sobre el portón y las ventanas enrejadas. Si le visitan serán recibidos por su hija, una jovencita muy espabilada para su edad y dos criados. El barón estará encamado, lo que no será óbice para que les reciba en sus aposentos. Don Gonzalo les saludará alegremente y quitará hierro al asunto, pues como el dice "más plomo me dieron los berberiscos y no armé ningún revuelo".

Si se interesan por el ataque les dirá que fue un grupo de dos o tres capeadores que no debían saber con quién se las veían, cuando se negó a darles la capa sacaron aceros y él también, por lo que uno le disparó por la espalda, los criados que le acompañaban salieron disparados para, según dijeron ellos, añadirá con sorna, encontrar un médico o un cura, según procediera.

Los personajes verán que el Barón parece estar examinándoles con la mirada y se sentirán como un soldado al ser examinado por su superior para averiguar de qué pasta está hecho. Tras una de éstas miradas, el viejo soldado gruñirá y dirá que lo malo de este suceso es que he debido suspender un negocio importante para él.

Si los personajes se interesan por el asunto, el Barón les dirá: "vuestas mercedes conocen a mi hija y sabrán que poco tiempo atrás tomó hábitos de novicia y fue al monasterio de Bonhallar de la Sierra. Pues bien, hace un mes que no recibo ninguna carta de ella en respuesta a las mías, he pedido cuentas a la Madre Superiora y me ha comunicado que mi hija ha expresado su deseo de tomar votos de silencio y de ejercer dichos votos de forma inmediata, incluso aunque todavía no los haya tomado. Yo me precio de conocer a mi hija y ella no hubiera tomado una decisión así sin consultarme".

"Por ello iba a ir al convento personalmente para hablar, por la fuerza si fuere necesario, con mi hija y descubrir qué es sucede si es que sucede algo".

Si los Personajes se ofrecen a ir éste les dará las gracias y les ofrecerá dinero o equipo necesario para llegar hasta allí (que nuestros personajes deberían rechazar amablemente o aceptar poniendo alguna excusa del tipo "lamentablemente mi caballo está enfermo por lo que si pudiera proporcionarme uno...". En la conversación debe quedar claro que no les pide que secuestren a su hija a las primeras de cambio si no que lo que desea es que hablen con ella y se enteren de qué es lo que sucede, ayudándola si es posible.

Los personajes deberían encontrar un guía que sepa el camino hasta el convento y hacer los preparativos del viaje (que no debería ser de más de dos jornadas de ida y otras tantas de vuelta). Así que a preguntar por Madrid por alguien de fiar que conozca los caminos de la Sierra. (Nota del Autor: mis jugadores tuvieron una buena idea, preguntar en la actual Glorieta de Bilbao, donde se vendía la nieve traída de la montaña, para encontrar a alguno de los mozos que hacían el transporte, utilicé esto para introducirles como personaje no jugador a un pícaro mozo que espero tomen a su servicio llamado Lorenzo, quizás incluso podrías meter a un personaje de extracción social baja con esta excusa).

En el trayecto no tiene que pasar nada especial si no lo deseas pero puedes meter una subtrama o algún encontronazo con bandidos.

En el que los jugadores llegan a su destino tras un fatigoso viaje y de lo que les sucede en el lugar donde se aposentan

El pueblo está situado en un pequeño valle a la orilla de un riachuelo, hay unas 20 casas, una posada-taberna-tienda de comestibles todo en uno, un monasterio, una iglesia, un cementerio y dominándolo todo, un castillo de plaza y recinto en bastante mal estado. Depende del máster situar la hora de llegada de los personajes, pero sugerimos que sea de noche para que tengan que dormir en la posada. Facilitando así que averigüen algunas cosillas conversando con los escasos clientes de la Posada de Tomás, pues así se llama el lugar.

La posada tiene como vestíbulo la cuadra, en el primer piso está la cocina, la sala comunal, las habitaciones de los dueños y las escaleras hacia el segundo piso, donde están las habitaciones de los clientes.

En la sala comunal podrán hablar con los clientes y los dueños, y quizás descubrir algo. Algunas de las personas con las que podrán hablar son éstas:

Tomás el calvo: el dueño de la posada, un hombre pequeño y recio, con un pelo lo bastante escaso como para justificar su apodo., pero con una mirada acerada que parece atravesar a aquel al que mira. De joven fue soldado en los tercios y cualquier soldado será bien recibido como un camarada por él. Si, por el contrario, cree que su cliente es un pisaverde o un fanfarrón le tratará con suma frialdad.

Josefa la flamenca: llamada así porque Tomás la conoció cuando era soldado en Flandes. Mujer rubia y robusta, de trato afable y dicharachera en demasía. Su único defecto es la vanidad, unas buenas palabras pueden llevar a un vaso de vino gratis o incluso a un paseo por el bosque (mejor que la cosa sea discreta o puede degenerar en un duelo-linchamiento entre Tomás y sus hijos y el desafortunado pretendiente). De ella podrás sacar cualquier rumor del pueblo.

Los siete hijos de Tomás y Josefa: jóvenes en estado salvaje y entre 10 y 18 años, sus trazas son tan diversas que las malas lenguas dicen que son más los hijos de los clientes que los del posadero.

Si han llegado por la noche, los personajes podrán encontrarse con un grupo de tres hombres jugando a las cartas, sus ropas son de soldado o matasiete y están polvorientas por un largo viaje. Parecen personas peligrosas y la apariencia concuerda con la realidad, pues son reos evadidos de la Santa Hermandad y los personajes pueden meterse en problemas si les importunan.

Manuel Gómez y Guzmán: hidalgo gordinflón y de gran bigote castaño, su máximo interés es emborracharse y alardear de sus “hazañas” guerreras. Sería inofensivo si no fuera por su desmedido orgullo y por ser familiar de la Inquisición.

Dependiendo de la hora habrá un mayor o menor trasiego de lugareños; agricultores y pastores en su mayoría. Son gente endurecida por la vida del campo, huraños en un principio hacia los extranjeros pero amables y acogedores cuando un se gana su confianza.

Dependiendo de a quién pregunten, los personajes podrán descubrir ciertos asuntos de interés para ellos:

- Cualquiera de los que están en la posada menos los reos escapados: "a fe mía que vuestras mercedes llegan en mal momento al pueblo pues de un tiempo a ésta parte han muerto dos personas, más empleo para el padre Damián del que ha tenido en todo el año, (si preguntan quiénes son los fallecidos les responderán que una monja por enfermedad y un caballero de la Villa y Corte de mal de acero agudo, que más parecía alfilerero que persona cuando se encontró su cuerpo en el bosque."
- Un hombre de unos 40 años, posiblemente pastor de profesión, comenzará a narrar una historia del pueblo "hace mucho tiempo los buenos cristianos recibieron el ataque de los moros, nuestro pueblo fue el último de los pueblos en que entraron esto salvajes sin Dios, por aquel entonces ni siquiera existía el castillo, si no sólo una torre donde vivía el señor; a un grito de éste los campesinos se armaron para defender el pueblo pero ocurrió que unos monjes mendicantes

llegaron al pueblo huyendo de los moros y pidieron asilo en la torre. El señor, temiendo fuera treta de los sarracenos, les negó la entrada y así fue que esa noche se oyeron los gritos de los pobres monjes torturados por los moros, y así fue también que a la noche siguiente el señor amaneció muerto con expresión de espanto, cayendo la torre y sus defensores al día siguiente bajo poder de los moros, que mataron a todos menos a uno: el hijo pequeño del señor que, por su temple y gallardía, fue perdonado y vendido como esclavo, y de dónde se cree que proviene la rama de los Quintanilla y Tarasco, poseedores del castillo actual”.

- Uno de los hijos de Tomás (o uno de los lugareños o Josefa pero no hablan en primera persona): “digan lo que digan las gentes la historia de los espíritus de los monjes asesinados que vagan por los bosques es cierta, yo mismo vi una luz verdosa una noche y suerte que pude huir pues si no hubiera acabado muerto o peor” (eso sucedió en noviembre del año anterior).
- Cualquiera: una de las religiosas más jóvenes, llamada Juliana, murió de fiebre hace unas semanas. (12 de Enero)
- Cualquiera: el padre Juan pareció muy afectado por la muerte de la novicia, algunos rumorean que vio algo raro en ella cuando la dio la extremaunción.
- Cualquiera: Don José de Tordesillas frecuentaba mucho el pueblo, hace unos días un campesino le encontró muerto a estocadas en el bosque. Se sospecha que sus dos criados fueron quienes le mataron y robaron para luego huir. (17 de Enero)
- Josefa y lugareños: se dice que quizás que quizás Don José y la novicia asesinada tenían algo que ver puesto que apareció en el pueblo a los pocos días de su muerte. (15 de Enero)
- Josefa o algún lugareño: se rumorea que las frecuentes visitas que hacía Don José al convento no se debían tan sólo a que en él se encontraba su hermana, si no a que su “amistad” con la Madre Superiora era notable.
- Josefa o Tomás: los dos hijos de Don Hernán Quintanilla se han granjeado una merecida mala fama, se dice que frecuentan la compañía de damas de medio manto y que han burlado a muchas lugareñas, incluso se dice que han forzado a alguna. A pesar de los esfuerzos de los esfuerzos del padre Juan (que habla mucho con ellos) no parecen mudar su actitud, dedicándose sólo a la caza y a sus correrías nocturnas en busca de mujeres.

De la entrevista con la Madre Superiora y de los extraños sucesos de los que les hace partícipes

Tarde o temprano, los jugadores decidirán hablar con la Madre Superiora, una tal Doña Angélica de Ulloa. Si los jugadores frecuentaban los ambientes cortesanos de Madrid hace unos quince años es posible que recuerden ese nombre. Doña Angélica protagonizó varios escándalos sentimentales que obligaron a su padre a recluirla en un convento, desapareciendo de la vida pública desde entonces.

Tras las oportunas dificultades para hablar con la Abadesa, al final los personajes serán introducidos en el despacho de ésta por una de las monjas de más edad que sólo hablará con ellos lo estrictamente necesario.

La madre superiora es una mujer que frisa los cuarenta años pero de buen talle y gran belleza para su edad, no cuesta imaginársela como una bella cortesana con cientos de pretendientes besando el suelo por donde pasa. La expresión de su rostro es la de alguien segura de sí misma y acostumbrada a mandar sin que se cuestione su autoridad. Una expresión que, cuando se encuentra en un hombre, es la de un gran líder por el que la tropa no tiene miedo a enfrentarse a la muerte; y que, en una mujer, significa lo mismo pero en las lides del amor y no en el campo de batalla.

Doña Angélica, aunque no lo demuestre por su gran dominio de sí misma, está muy preocupada por su futuro. Había conseguido establecerse como superiora en este sucio e insignificante pueblo gracias al poder de su padre, que fue secretario de confianza de Felipe II pero lo que ha sucedido en las últimas semanas podría hundirla de nuevo.

Aunque cuando llegó al convento hace diez años, se abstuvo de volver a las viejas andadas y de representar el papel de religiosa arrepentida de sus antiguos pecados, era sólo una fachada hasta que pudiese hacer su voluntad de forma segura. Cuando sintió que dominaba la situación, volvió a dar rienda suelta a sus libidinosos impulsos, siempre con caballeros de fuera del pueblo y a los que conocía de antaño.

Su última conquista era Don José de Tordesillas, un hombre en la flor de la edad pero prendado de los maduros encantos y de la sabiduría que, en todos los terrenos da la edad de la bella religiosa. Todo discurría de forma feliz en la vida de Doña Angélica, incluso sus fríos corazón y temperamento parecían atemperados por el calor del amor del joven, como una flor que sale de su letargo con la aurora.

Entonces fue cuando se encontró el cadáver de la hermana Juliana en las catacumbas del convento, en una sala acondicionada como para realizar una misa negra y que, además, parecía ser usada desde hace tiempo. La hermana se encontraba desnuda en el suelo con claros de haber sido estrangulada y violada. Rápidamente, Doña Angélica se dio cuenta de la situación, si alguien se enteraba de lo sucedido la Inquisición tomaría cartas en la situación y su reputación y la del convento quedarían en entredicho. Por no hablar de era posible que descubrieran sus pequeños deslices.

Por ello, reunió a todas las religiosas y novicias y las prohibió hablar del asunto con nadie, por el bien del convento y propio. Amenazándolas veladamente sobre lo que podría pasar si alguna se iba de la lengua. La única de la que no se fiaba del todo era de Isabel, a la que consideraba una santurrona, por lo que decidió prohibirla la comunicación con el exterior.

Doña Angélica no es tonta y sospecha que en la misa negra había más religiosas y bastantes hombres, pues quedaban bastantes restos de sus poluciones por toda la habitación pero prefiere hacer ver que sólo una monja estaba implicada para poder dar carpetazo al asunto frente a la comunidad. Aunque luego interrogó a todas las hermanas, ninguna reconoció haber acompañado a la difunta.

Tras la advertencia a las religiosas, Doña Angélica mandó que se desmontará todo los enseres que había en la sala de las catacumbas y que fueran quemados discretamente en el patio. El cadáver fue enterrado como si hubiera muerto de una enfermedad y, gracias al ascendente que la madre superiora tenía sobre él, el padre Juan aceptó silenciar la causa real de la muerte, obvia a cualquiera que contemplase el cadáver. Aunque se mostró tan taciturno que Doña Angélica pensó por un momento que no aguantará la tensión de mantener la mentira.

Pero quedaba el problema de los hombres que habían participado en la misa negra, pues la madre superiora tiene los pies demasiado en la tierra como para pensar que fueran otra cosa que hombres. Si habían entrado una vez, era posible que siguieran haciéndolo, y había que hacer algo para que no se repitiese y evitar problemas posteriores.

Por ello, cuando su amante regresó a sus brazos, Doña Angélica le relató el problema en que se encontraba y cómo ponía en grave riesgo sus futuras entrevistas. Don José le tranquilizó, prometiendo que, con la ayuda de sus dos criados, encontraría a los culpables y se encargaría de que no volvieran a empañar la reputación de su dama. Al día siguiente, apareció el cadáver de Don José, cosido a puñaladas, sin que sus criados dieran señales de vida.

Doña Angélica se encuentra bajo una gran presión por todos estos sucesos y, cuando los representantes de la familia de Isabel llegan a su puerta, comprende lo desesperado de su situación. Si todo sale a la luz, quedará deshonrada, por no hablar del posible castigo de la Inquisición por intentar ocultar lo sucedido. Su padre pudo defenderla una vez, pero ya no se encuentra en posición de hacerlo y, ahora, es algo mucho más serio. Por ello, decide hablar con los personajes para averiguar si puede manipularles para que hagan lo que no pudo hacer su amante.

Doña Angélica es muy perspicaz y elocuente, sabrá juzgar a los personajes y utilizar los medios de persuasión más adecuados para cada uno: presentarse como una pobre religiosa bajo un problema que la desborda, apelar a la deshonra que traería que se destapase el asunto para el convento (y para Isabel), seducir a alguno de los jugadores... todo valdrá para conseguir su objetivo: eliminar a los asesinos de Juliana y de Don José. Doña Angélica evitará que los jugadores hablen con Isabel o que la saquen del convento, ya que, una de sus bazas para conseguir la ayuda de los personajes es utilizar la reputación de Isabel como “rehén”.

Por supuesto, en la historia que les cuente a los jugadores, habrá ciertas “incorrecciones” como omitir que hay más religiosas implicadas y la relación que mantenía con Don José, que será convertido en un “buen amigo” del convento.

Así que los jugadores saldrán del convento con la debida preocupación por mantener la reputación de la hija de Don Gonzalo y de ajusticiar a los bellacos que asesinaron a la novicia y al caballero.

En el que los personajes son invitados al castillo del pueblo, donde conocen a Hernán Quintanilla, señor de Bonhallar de la Sierra, y a su degenerado linaje

Es de esperar, que tarde o temprano, los personajes acudan al castillo, ya sea por iniciativa propia o por ser invitados por el dueño. Cosa fácil, pues el señor Quintanilla es una persona muy hospitalaria (sobre todo si se ha de tener en cuenta sus escasos recursos financieros) y estaría encantado de sentar a su mesa a unos caballeros que vienen de la Corte de las Españas.

Esta hospitalidad no está exenta de interés, ya que Don Hernán está ansioso por recibir noticias de la Corte y de los asuntos mundanos que no suelen llegar hasta este alejado pueblo. Unido a su poca reprochable curiosidad, está su intención de recomendar a sus hijos a alguien de Madrid, ya que quiere que éstos acudan a la capital para hacer fortuna y necesitaran padrinos que les favorezcan.

Don Hernán es un hombre de cincuenta y muchos años, complexión fuerte, rubicundo y de barba fiera aunque ya grisácea. De temperamento franco, ruidoso y alegre como el que corresponde a un buen soldado que no desprecia las cosas de buenas de la vida. Desde que su mujer murió en el parto de sus dos hijos, él ha cuidado de sus hijos de la mejor forma que ha podido, aunque los ha permitido demasiado y, como veremos más adelante, han respondido al amor de su padre convirtiéndose en dos jóvenes descarriados y malvados.

Los dos gemelos, a pesar de tener inclinaciones y gustos parecidos, difieren bastante en su físico y comportamiento. Francisco es un joven recio y alto, de cabello castaño y descuidado aspecto, de modales y gustos más propios de un labriego que de un hidalgo, de pocas palabras y lengua sólo rápida para lanzar juramentos y desafíos. Lope tiene el pelo largo y rubio, complexión delicada como la de algunos pisaverdes de la capital y una aguda dialéctica que no puede ocultar totalmente su abyección. Ambos gustan por igual de la caza, del vino y de las mujeres fáciles pero cada uno de la forma que su naturaleza le dicta. Mientras Francisco sólo quiere satisfacer sus apetitos de la forma más directa, Lope disfruta más con el engaño y la perversión de sus víctimas que con la consecución de sus objetivos.

Junto a los dos hermanos siempre va su sirviente, un soldado y matasiete retirado, tan parecido en crueldad y vicios a los hijos de Don Hernán que no se podría decir quién pervirtió a quién. Manuel de Sevilla es un hombre que frisa los cincuenta años, delgado, moreno y enjuto, con un bigote y cabello negro que sigue siendo tan oscuro como cuando tenía quince años.

Hay varias formas para que los personajes tomen contacto con los Quintanilla, quizás reciban una invitación de Don Hernán para comer de manos de Manuel (él único criado de la familia), o quizás se encuentren a los dos hermanos cazando en el campo o bebiendo en la posada de Tomás y podrán comprobar los escasos modales de los gemelos y su actitud altiva y desafiante, incluso es posible que vayan por su propia iniciativa al castillo.

Si los personajes van al castillo, descríbeles una fortaleza pequeña y que conoció tiempos mejores hace mucho. Las piedras de los muros se han caído en algunos lugares y el portón que impedía el acceso a la plaza no se encuentra en sus goznes (fue utilizado como leña hace dos inviernos). La torre del homenaje es un pequeño edificio de tres pisos y no parece encontrarse en mucho mejor estado. De hecho no lo está, como podrán comprobar si son invitados a entrar al castillo, y eso que sólo le enseñarán el salón, pues es la zona en mejor estado pretextando que el resto del castillo está siendo “acondicionado”. Un par de mujeres del pueblo se ocupan de las tareas del hogar de forma casi gratuita en atención al buen talante de Don Hernán y a que siempre ayudado a la gente del pueblo cuando lo necesitaron.

Como dijimos anteriormente, los intereses de Don Hernán, aparte de distraerse con las intrigas de la corte, consisten en buscarles amigos en Madrid para que cuando sus hijos acudan a ésta (aunque no están muy dispuestos) tengan alguien a quién acudir en caso de necesitar ayuda o consejo. Don Hernán piensa que sus hijos se están asilvestrando en este poblacho y que han de labrarse su fortuna en un sitio más propicio. Además, a pesar de su ceguera paterna y del respeto que sienten por él los campesinos y que ha silenciado

las críticas, ha llegado a sus oídos algunos comentarios aislados de la vida nocturna de sus hijos y cree que en Madrid se enderezarán.

Mientras Don Hernán da muestras de una ruda hospitalidad, los dos hermanos y el criado se comportarán de forma altiva y despectiva con los invitados, rozando en varias ocasiones el insulto. Como Director de Juego, debes de crear una situación tensa durante la conversación pero que no pase de hostilidad encubierta y miradas de advertencia ya que han de comportarse, tanto unos como otros, con corrección durante la cena.

Como depende de cuándo ocurra la cena y de lo que hayan averiguado los personajes, esta escena puede ser muy distinta me atengo al buen juicio del director y al esbozo de los temperamentos de los comensales para que interprete a los personajes no jugadores de la forma más correcta. Pero una cosa debería quedarles clara a los jugadores: los dos hermanos no son trigo limpio.

Dónde se habla de las posibles pesquisas de los personajes

Es de esperar que los jugadores se dediquen a intentar descubrir lo que ha sucedido, cosa que está en sus manos si demuestran la suficiente perspicacia y voluntad y que, según sus acciones, puede llegar a influir en lo que hagan los personajes no jugadores. No pretendemos hacer una lista exhaustiva de todo lo que puede ocurrírsele a la mente calenturienta de un grupo de jugadores, pero sí podemos prever las actuaciones más probables, que pasamos a relatar:

- Hablar con el padre Juan: sospechen o no de él, es una de las pocas personas que vio a la monja fallecida y la única de éstas personas a la que pueden acceder fácilmente. Podrán encontrar al sacerdote en la pequeña iglesia del pueblo o en la posada tomando un vino. El padre se mostrará nervioso y huidizo e intentará conversar lo menos posible con los jugadores. En caso de que le presionen bastante, podría contar todo lo sucedido pero será difícil llegar a ese punto sin secuestrarle o enseñarle pruebas de sus delitos. Si el padre cree que los personajes saben algo o éstos le hacen demasiadas preguntas, el padre le contará todo a los dos hermanos. Si éstos creen que los jugadores van detrás de ellos, intentarán actuar contra ellos sin llamar demasiado la atención, que ya demasiadas cosas han ocurrido en el pueblo como para que, encima, mueran más viajeros inexplicablemente. Algunas estratagemas de Lope pueden ser acusar de algún delito a los personajes, preparando previamente falsas pruebas o sobornado a testigos; hacer correr la voz entre los bandidos de la zona de que los personajes viajan con mucho dinero; o, incluso, provocarles para que se batan en duelo con su hermano o él.
- Rastrear el monte o el lugar donde murió Don José de Tordesillas: es difícil que encuentren algo, ya que ha pasado bastante tiempo, y ya no hay rastros demasiado claros. Si sus tiradas en la habilidad adecuada son especialmente buenas, quizás puedan encontrar algún trozo de sábana o de lienzo verde cerca del sendero que utilizaban los hermanos para entrar en las catacumbas, o encontrar la pequeña cueva que da acceso a éstas. Incluso, quizás podrían encontrar el cadáver de los lacayos del de Tordesillas con heridas de estocadas y de un arma que podría ser un montante (que curioso, ¿no había montantes en la armería del castillo?). Debes dejar claro a los jugadores que si hacen público el descubrimiento de los cuerpos atraerán demasiado la atención de la Justicia, amenazando el buen nombre de Doña Isabel.
- Hablar con la gente del pueblo o alrededores: poco más pueden averiguar que los mismos rumores. Cuando llegue Enrique de Tremenet (éste suceso se explica más adelante), es posible que algún lugareño les pueda decir que ha llegado un nutrido grupo de forasteros a la zona y que parecen bien armados como si esperaran encontrar problemas, o provocarlos.

Donde la trama se desvela, al menos para los ojos del señor Director de Juego

¿Qué demonios ocurre aquí? Te preguntarás, pues y con razón, pues si bien es necesario que los protagonistas de la historia permanezcan en la ignorancia; el Director de Juego ha de conocer todos sus vericuetos para mejor poder ejercer su labor. Así que pasó a explicar los antecedentes de esta partida, así como las fechas exactas de los sucesos para que al lector le cueste menos ubicar los hechos.

Hace un par de años que las correrías de los jóvenes Quintanilla empezaron y algunos labriegos de la región pidieron al padre Juan, un sacerdote de poca fe y de carácter tímido y débil que hablara con ellos y

les convenciera que se moderaran. Cuando el padre se acercó a los gemelos, éstos primero se lo tomaron como una ofensa, pero luego Lope tuvo una ocurrencia que le pareció deliciosamente divertida. Simulando sentirse convencido por las palabras del religioso y ganándose su confianza, consiguió romper la frágil voluntad del padre Juan haciendo que les acompañara en sus juergas nocturnas y pagando el amor de las barraganas de los alrededores.

En agosto del año pasado, el padre Juan, durante una borrachera, se pavoneó delante de Lope de que una de las monjas del convento le había reconocido en confesión que ella y otras dos habían pecado de lujuria pensando en él. Lope sonrió pues se le había ocurrido una nueva idea, convenció, no sin esfuerzo, al padre Juan de que organizase un encuentro entre ellos y las monjas en las catacumbas del convento. Antaño, las catacumbas del convento se comunicaban por medio de un túnel con un molino, ya desaparecido, y Lope había encontrado, siendo niño, un acceso a ese túnel desde una pequeña cueva.

Los dos hermanos, el padre Juan y Manuel comenzaron a frecuentar la compañía de las monjas a las que las engañaban simulando hacer misas negras que oficiaba el padre, aunque su único interés era el sexo.

El grupo tenía que llegar a la cueva andando por el bosque durante la noche, iluminándose con lámparas. En una ocasión se encontraron a lo lejos con un lugareño que salió huyendo pensando que eran fantasmas. Eso dio pie a la picardía de Lope, que dispuso que, a partir de entonces, irían tapados con sábanas y con la ventanilla de la lámpara tapada con un lienzo verde que les daría un aspecto sobrenatural y les evitaría encontronazos desafortunados.

Fue entonces, el 10 de Noviembre, cuando el hijo de Tomás les vio desde lejos, mientras estaba buscando un zurrón que había perdido.

Las cosas iban muy bien para el sacrílego grupo hasta que su suerte se torció. El doce de Enero, durante uno de sus “misas negras” especialmente orgiástica, el padre Juan en el frenesí de la consumación del acto sexual, estranguló a Sor Juliana. Cuando las otras monjas (Sor Inés y Sor Isabel) y los dos hermanos se dieron cuenta de lo que pasaba ya era tarde; y cada uno se fue por su lado prometiendo no decir nada de lo ocurrido.

Cuando al día siguiente, la madre superiora pidió al padre Juan que encubriese el fallecimiento como natural, éste aceptó encantado, aunque la culpabilidad que sentía hizo creer a Doña Angélica que le resultaba difícil participar en el engaño.

Luego, el diecisiete de Enero, llegó el amante de la madre superiora, Don José de Tordesillas y empezó a investigar lo ocurrido. Los dos hermanos estaban nerviosos y decidieron acabar con él y con sus criados, ocultando luego el cadáver de los últimos para incriminarles. El padre Juan mientras tanto se debatía entre el arrepentimiento por su pecado y el miedo a ser descubierto.

Los personajes llegarán a Bonhallar aproximadamente el doce de Febrero, las aguas se han calmado hasta cierto punto y los hermanos están pensado en continuar con sus encuentros con las monjas, ya que han se han confiado tras no ser descubiertos sus crímenes. Lope convence al padre Juan mediante amenazas de que organice una cita con las monjas. Aunque se resiste, finalmente acepta con la condición de no tener que asistir él.

Los hermanos se mostrarán recelosos con los personajes porque sospechan que podrían intentar seguir los pasos de Don José de Tordesillas y es por ello es por lo que se muestran especialmente desagradables con ellos.

Al día siguiente de la llegada de los personajes, Manuel Guzmán, el familiar de la Inquisición manda una carta a Enrique de Tremenet, ya que éste le había mostrado su interés especial por el convento del pueblo y tanto trasiegos de forasteros y muertos está siendo sospechoso hasta para el poco entendimiento de Don Manuel.

El día dieciséis llega Enrique de Tremenet y sus hombres al pueblo, sus acciones se detallarán más adelante.

El día diecisiete el padre Juan desaparece cuando acudía a un pueblo cercano para dar la extremaunción a un enfermo a petición de un lacayo que había venido cabalgando. Si alguien se molesta en averiguarlo, no existía tal enfermo en el pueblo. En realidad, todo ha sido una estratagema de Don Enrique para capturar al religioso e interrogarle.

La noche del día dieciocho (aunque puedes adelantarlo o atrasarlo si te conviene) los dos hermanos y el criado se disfrazan de espíritus y acuden a la cita con Sor Inés y Sor Isabel. Lo que suceda finalmente con ellos dependerá del buen hacer de los personajes

Donde se relatan las maquinaciones de Don Enrique de Tremenet.

Como dijimos en el episodio anterior, Manuel Guzmán había sido conminado por Enrique de Tremenet a permanecer atento a cualquier suceso fuera de lo común que tuviera que ver con el convento. La razón de esto es que Don Enrique no había podido olvidar la belleza y candidez de Doña Isabel, de la que estaba sinceramente enamorado, y quería asegurarse de que todo le fuera bien a la novicia pues había oído algunos rumores extraños sobre la madre superiora. Además, secretamente, no había renunciado a ganarse el amor de Isabel y quería saber estar informado de todo lo que aconteciera por si podía servir a sus fines.

Don Enrique habíase atrevido, incluso, a enviar misivas a la novicia, pero todas sus cartas habían sido devueltas sin alterar el lacre. Esos rechazos habían ido pesando en su impulsivo, y poco dado a aceptar negativas, carácter y formando la resolución de conseguir como fuera el objeto de su deseo, pero no acertaba a encontrar el cómo.

Cuando Manuel Guzmán le escribió respecto a lo que acontecía en el pueblo, Don Enrique juntó a un grupo de amigos y, a espaldas de sus superiores de la Inquisición, se dirigió al pueblo para averiguar qué sucedía y si podía aprovecharse de ello.

Cuando llegó al pueblo, se entrevistó con Guzmán, del que no sacó más en claro que la muerte de la novicia y la desaparición de Don José de Tordesillas pero le interesó sobremanera que el religioso hubiera quedado tan impresionado, si hacía caso a los rumores, por la muerte de la monja. Por ello, decidió capturar al padre e interrogarle amparándose en su condición de familiar, aunque esto no fuera muy regular.

Cuando el padre Juan se vio interrogado por la Inquisición, su frágil voluntad se quebró y confesó todo lo que había sucedido aunque culpando de la muerte directa de la monja a los dos hermanos, a los que calificó de engendros de Satán que le habían corrompido con sus tentaciones. En el relato de sus pecados, también puso en conocimiento de Don Enrique que los dos hermanos iban a reemprender sus visitas nocturnas a las dos monjas y, cuándo y dónde se habían citado.

En la mente de Don Enrique apareció una idea: esperar a que los dos hermanos entrasen en las catacumbas por la entrada que le había indicado el padre Juan y luego asaltar el convento en nombre de la Inquisición. No creía que lo irregular de su actuación se tuviera en cuenta cuando demostrase las actividades ilícitas que ocurrían en su interior. Luego, aprovecharía sus contactos en la Inquisición para obligar a Don Gonzalo a que le entregase la mano de su hija a cambio de que su buen nombre no se viera salpicado por el escándalo.

Por ello, la noche en que los dos hermanos van a reanudar sus sacrílegas visitas, no saben que un nutrido grupo de familiares de la Inquisición están vigilándoles en dos grupos: uno en la entrada a las catacumbas, y otro rodeando el convento.

Si los personajes llegan a descubrir al grupo de Tremenet, o éste supone que son una amenaza a sus planes, les citará en algún lugar oculto. Allí, Don Enrique les dirá que ha venido a petición de la Inquisición, y que harían bien en no entrometerse y salir del pueblo antes de que se vea obligado a detenerles. Si expresan su preocupación porque el incidente afecte a Doña Isabel, Don Enrique jurará por su honor que no dejará que eso suceda. Al fin y al cabo, no está mintiendo.

Donde llegamos al final de la aventura, aunque sólo es el principio de otras.

Como podéis ver, la historia es muy abierta y en ella se intenta más detallar a los protagonistas y sus intenciones y posibles reacciones que enumerar unas escenas prefijadas de antemano. Por ello, hay que tener en cuenta que dependerá mucho de las actuaciones de los personajes lo que hagan los demás protagonistas de la obra, llegando a invalidar quizás los sucesos que, en mi buen entendimiento, he creído los más probables. Es labor del Director de Juego adaptar toda la historia a las acciones de sus verdaderos protagonistas: los personajes jugadores.

Tampoco se especifica el armamento de los personajes no jugadores ni el número de la banda de Don Enrique para que el Director de Juego ajuste esos parámetros a la habilidad y número de sus jugadores.

El final más adecuado para la aventura requiere que los jugadores sospechen ya de los dos hermanos y de la forma en qué acceden al convento o, al menos, que los jugadores estén vigilando el monte por la noche el día en que los hermanos deciden reemprender sus correrías. Ayudaría también que conociesen o sospechasen los movimientos de Don Enrique y sus posibles intenciones.

Así, los jugadores deberán impedir que los hermanos entren en el convento y darles su merecido, evitando, sin embargo, que sean capturados por los hombres de Don Enrique. Un detalle a tener en cuenta es que los dos hermanos y el criado llevarán sus disfraces de espíritu, así que, si alguno de los personajes es supersticioso, es hora de hacérselo pasar mal.

Hay que tener en cuenta la situación de los hombres de Don Enrique, si la refriega se produce a su vista, entrarán en ella sin distinguos entre bandos. Si Tremenet ve que las cosas de las manos y puede irse al trate su plan, actuará impulsivamente, aunque eso signifique atacar a los personajes. Ya se ocupará luego de justificar lo que suceda de alguna forma, como acusarles de cómplices de los Quintanilla.

Así que la escena final debería ser un combate bajo una torrencial lluvia entre los personajes y los dos hermanos y el criado y la posible participación de Don Enrique o quizás una incursión para sacar a Isabel del convento mientras los familiares lo asaltan en busca de los hermanos, incluso se podría dar una combinación de ambos.

Si los personajes consiguen frustrar los planes de Don Enrique de Tremenet se habrán ganado un enemigo para toda la vida, pues el caballero no posee grandes dosis de la virtud cristiana del perdón pero, sin embargo, habrán salvado la honra de una inocente chica y ganado el respeto de Don Gonzalo.

Si Don Enrique asalta el convento y no atrapa a los dos hermanos o algún cabeza de turco, el incidente se tapará lo más posible, pues es un hombre poderoso, pero habrá quedado en ridículo delante de sus superiores, cosa que tampoco olvidará.

En caso de que los dos hermanos o el criado consiguen escapar, intentarán huir al Caribe o a Italia para ocultarse de la justicia y quizá puedas emplearlos como personajes no jugadores en el futuro.

En cuanto a doña Angélica, si el escándalo del convento le salpica, huirá a algún lugar en que no sea conocida y colgará los hábitos pues no está dispuesta a ser encerrada de nuevo en un convento sin los “privilegios” de los que disfrutaba en éste. Quizá los jugadores se la encuentren en el futuro como amiga o como enemiga, dependiendo de sus acciones y les enrede en una de sus intrigas.

Otra posible trama que puedes sacar de éste módulo es que un personaje se enamore de Isabel, ya sea correspondido o no. ¿Podrá el personaje expresar sus sentimientos y convencer a la doncella de que no tome los hábitos? ¿Aceptará Don Gonzalo a un hidalguillo valeroso pero presumiblemente de poca alcurnia y ahorros como yerno?

Pero todo esto son otras historias y serán contadas en otra ocasión.